



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

¿Dueños ... de qué?

A la memoria del 2 de octubre de 1968

TRAGOS ESCONDIDOS
CARLOS ALEJANDRO

Encendió un cigarro y se sentó a tomar su café en una de las sillas junto a la acera. Llevaba una camisa celeste, de licra, con la que se le notaban los músculos de brazos y pecho. A sus casi cincuenta años, él seguía asistiendo al gimnasio a levantar pesas. En la mesa de enfrente, un viejo vendedor de boletos de lotería acomodaba las listas de números premiados y realizaba anotaciones detrás de ellas. De vez en vez sacaba de su bolsa oscura de plástico, una cerveza en envase de vidrio, a la que daba un trago y luego volvía a tapanla para guardarla nuevamente, de prisa, mientras tarareaba una canción de José José del siglo pasado.

A los pocos segundos, un policía se acercó a la mesa y preguntó: "¿Dónde anda el licenciado Adolfo?", "lo vi hace una cuadra, cuando venía yo para acá", respondió el de los boletos en la mano izquierda y cachucha roja. Y se levantó para continuar la plática.

En la otra mesa, el cincuentón fornido acomodaba su teléfono celular, recargándolo en un vaso para tomarse varias selfies: en una sonriendo, en otra con la "V" de la victoria en los dedos, en otra enseñando "el conejo" de su brazo. Mientras tanto, a unos cuantos metros, la gente se reunía en la esquina de la calle para esperar el cambio de luces del semáforo y cruzar del otro lado.

"Yo aquí, cuidando a la ciudadanía", dijo el policía. "Yo, aquí, con la millonada bajo el brazo", respondió el vendedor; "y yo, también, ya queriendo salir de pobre", replicó el viejo policía. Caminaron varios metros, el de uniforme azul oscuro acompañando al de cachucha roja para despedirlo, y aquel con la cerveza en la bolsa y los boletos de lotería en otra mano.

El cincuentón fornido se colocó un par de audífonos en los oídos para escuchar y ver un vídeo en su celular. De pronto se rascaba cerca de las costillas, cada vez más fuerte, como si le picara la curiosidad de saber qué sucedería si delatará, ante el policía, al vendedor de lotería y la cerveza que bebía en la vía pública. De pronto volteaba la vista de reojo para seguir la conversación y los ademanes entre ellos... Y sonreía maliciosamente, pensando que, si el de cachucha roja no se despedía en tres minutos, se levantaría para delatarlo. 11:33 de la mañana.

Un mesero se acercó para preguntar si se le ofrecía algo más. "¿Vende usted café en grano?", dijo el musculoso. El mesero respondió negativamente, y algo mencionó sobre la poca venta del café en bolsa, aunque la calidad de la bebida, bien lo merecía. El mesero se retiró y ya dentro, se le acercó al dueño de la cafetería para comentarle la plática que acababa de tener.

El comensal fornido miró su reloj. 11:34. El dueño de la cafetería repitió al mesero lo que este ya le había dicho al cliente: "pero carajo, si el café lo merece", y continuó colocando granos enteros en la moladora para obtener pos-



"Gente: blanco y negro".

Fotografía de María Elena Arévalo (2018).

teriormente el polvo de café. El policía y el billetero continuaban conversando a diez metros de la cafetería. 11:35 en el reloj.

El dueño del negocio cargó con su recipiente hasta colocarlo nuevamente en la enorme cafetera, mientras una más de las clientes ordenaba su cuenta, y esperaba junto a la caja, le llamó la atención la impaciencia con la que el cincuentón fornido, allá afuera, justiciero reprimido, adelantaba la reproducción del video de su celular con un dedo. "Algo le sucede a este hombre", pensó ella.

El cincuentón notó que alguien lo observaba, y miró por la ventana, hacia adentro, pero de reojo, para saber quién era. Alcanzó a distinguir que se trataba de una mujer, y entonces volvió la vista al celular; posteriormente a su reloj: 11:36. Se levantó del asiento decidido a caminar rumbo al vendedor de lotería, pero lo único que encontró fue al policía de regreso, mientras que el billetero ya había desaparecido. Demasiado tarde para que se aplicara la ley. Volvió a su asiento.

Más tranquilo, ordenó la cuenta. Sacó del pantalón su cajetilla de cigarros y quiso encender uno; ahora -de un sopetón mental- le fue claro que desde hacía años solía posponer sus decisiones. Reconoció también la incongruencia entre el ejercicio que realizaba en el gimnasio y el tabaco que fumaba. Pensó que

era tiempo de dejar la nicotina y el alquitrán, inmediatamente.

NADA NUEVO BAJO EL SOL
OLGA DE LEÓN

Con la frente recargada en el grueso cristal, desde su asiento, miró hacia afuera por la ventanita. Casas, calles y autos parecían hormiguitas, y las personas, apenas si pequeñísimos puntos: granos de arena moviéndose con prisa y sin aparente rumbo. Poco a poco todo desapareció, hasta quedar solo viento y nubes a su vista. Retiró la cabeza del vidrio y la reposó sobre el respaldo del asiento, ya con el cinturón asegurado en derredor de su talle. Sabía que sería un vuelo directo y largo, sin escalas, solo tuvo una antes. En algún momento pasaría la azafata pidiendo que cerraran las cortinillas de las ventanas, pues dentro de poco cruzarían el océano y la regla era mantenerlas cerradas. La regla en esos vuelos era viajar con las ventanas cerradas, fuera de noche o de día.

A su lado, una par de adolescentes casi niños, hermano y hermana, se entretenían con sus respectivos aparatos electrónicos sin prestar atención ni al entorno exterior, ni a lo que dentro sucedía. Pertenecían a una minoría privilegiada y se comportaban ad hoc: como si el mundo de los vuelos internacionales fuera el patio de su casa al que conocían tan bien que no les interesaba verlo una

vez más, ni despedirse del suelo propio, pues quizás no sentían amor por el arraigo o entendían que viajar era en sus vidas algo natural, y que tarde o temprano regresarían a casa.

Tales hechos corrían por la memoria de la mujer, mientras el recuerdo de aquellos niños rubios y pulcros, acicalados con prendas de famosos diseñadores, incluido el calzado, traían a su mente -por contraste- las imágenes capturadas por María Elena, en su última fotografía:

La de dos niñas indígenas paradas junto a un pedazo de la sierra, con sus pequeños pies calzados en huaraches y que -tras la lente de la artista- se vuelven ellas mismas fruto del terruño, como si hubiesen brotado para engalanar el espacio. Una, con una hermosa sonrisa y chispeante mirada, habla de lo poco que necesitan los pobres para ser felices.

-Sin embargo, hay cierto nerviosismo en ella ante la cámara, mira la inclinación del tobillo de su pie derecho, le dice a su amiga. Mientras que en la otra niña, se transparenta tristeza y desconfianza.

-Desde mi percepción -sigue refiriendo la mujer- esta niña tiene una madurez temprana, quizás porque entiende, aunque no se explica las razones, la enorme desigualdad entre los que poseen demasiado, frente a quienes apenas si pueden vivir con un poco de maíz, chile y, en días de fiesta, frijoles.

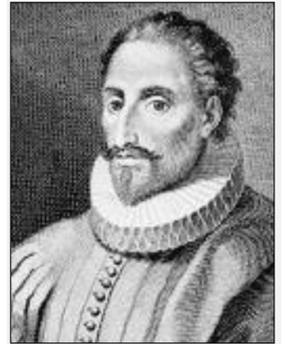
Las hermosas enaguas son típicas de la región, y salvo por una chaqueta que porta la última niña, nada haría pensar en tiempos actuales, "tiempos neoliberales y modernos". Pero sí, hasta allá, a la Sierra tarahumara, ha llegado "la modernidad", para mantenerlos igual.

Ciertamente el arte está más allá de toda consideración económica, social, política o religiosa. Sin embargo, el artista -aun sin pretenderlo- hace crítica, señala, protesta, cuando simple y llanamente pone el ojo, la lente, el pincel, los claroscuros, la nota musical con el acento o el bemoles y sus tiempos; o la tinta... en la llaga.

Por eso se molestó Rulfo, cuando un ex presidente al que no le daré nombre para no destacarlo (ya la historia se está encargando de él), estúpidamente, un día le dijo: "...para cuándo la siguiente obra, maestro". Nada más tenía que decir el narrador por excelencia: ya había dicho cuanto tenía que decir; aunque tuviera mucho por escribir... Siempre existirán los que no entienden o fingen no entender.

La miseria, las injusticias... son protagonistas en manos del artista; y aunque a los espíritus sensibles siempre nos lastimará verlas, leerlas, escucharlas... tantas veces como recurramos a su contemplación, lo cierto es que también elevan nuestro espíritu y por ello rendimos tributo a sus creadores. A pesar de que el tiempo parece estancado, lo cierto es que las distancias entre las gentes y sus modus vivendi, en lugar de emparejarse, se han ido acrecentando.

Querido Juan, ciertamente nada nuevo hay bajo el sol desde que te fuiste. Como tu personaje en Luvina, los maestros rurales y muchos ciudadanos, incluso universitarios, seguimos preguntando: "¿Qué país es este, Agripina?"



Miguel de Cervantes

Novelista, poeta y dramaturgo español. Se cree que nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares y murió el 22 de abril de 1616 en Madrid, pero fue enterrado el 23 de abril y popularmente se conoce esta fecha como la de su muerte. Es considerado la máxima figura de la literatura española. Es universalmente conocido, sobre todo por haber escrito El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que muchos críticos han descrito como la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Se le ha dado el sobrenombre de Príncipe de los Ingenios.

Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547. Fue el cuarto de los siete hijos de un modesto cirujano, Rodrigo de Cervantes, y de Leonor Cortinas. A los dieciocho años tuvo que huir a Italia porque había herido a un hombre; allí entró al servicio del cardenal Acquaviva. Poco después se alistó como soldado y participó heroicamente en la batalla de Lepanto, en 1571; donde fue herido en el pecho y en la mano izquierda, que le quedó anquilosada. Cervantes siempre se mostró orgulloso de haber participado en la batalla de Lepanto. Continuó unos años como soldado y, en 1575, cuando regresaba a la península junto a su hermano Rodrigo, fueron apresados y llevados cautivos a Argel. Cinco años estuvo prisionero, hasta que en 1580 pudo ser liberado gracias al rescate que aportó su familia y los padres trinitarios. Durante su cautiverio, Cervantes intentó fugarse varias veces, pero nunca lo logró. Cuando en 1580 volvió a la Península tres doce años de ausencia, intentó varios trabajos y solicitó un empleo en <<las Indias>>, que no le fue concedido. Fue una etapa dura para Cervantes, que empezaba a escribir en aquellos años. En 1584 se casó y, entre 1587 y 1600, residió en Sevilla ejerciendo un ingrato y humilde oficio -comisario de abastecimientos-, que le obligaba a recorrer Andalucía requisando alimentos para las expediciones que preparaba Felipe II. La estancia en Sevilla parece ser fundamental en la biografía cervantina, pues tanto los viajes como la cárcel le permitieron conocer todo tipo de gentes que aparecerán como personajes en su obra. Cervantes se trasladó a Valladolid en 1604, en busca de mecenas en el entorno de la corte, pues tenía dificultades económicas. Cuando en 1605 publicó la primera parte del Quijote, alcanzó un gran éxito, lo que le permitió publicar en pocos años lo que había ido escribiendo. Sin embargo, a pesar del éxito del Quijote, Cervantes siempre vivió con estrecheces, buscando la protección de algún mecenas entre los nobles, lo que consiguió sólo parcialmente del conde de Lemos, a quien dedicó su última obra. Los trabajos de Persiles y Segismunda.

ad pedem literae

"El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos."

Miguel de Cervantes

Letras de buen humor

"Cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces."

Miguel de Cervantes

Mónica Lavín

Maneras de ser

Uno está muy cerca del cielo en el Observatorio de Roque de los Muchachos en la punta norte de La Palma de Gran Canaria. Diecisiete telescopios de diversas características y procedencias indagan en la vastedad del universo por señales de lo que está y lo que no está. El lugar es ideal porque está por encima de la línea de los árboles y de la colcha de nubes que quedan debajo de los 2 mil 400 metros del nivel del mar.

Nos explican que allí la atmósfera es poco turbulenta, por eso en el Observatorio del Teide en Tenerife y en esta isla proyectada al Atlántico, de gran hospitalidad e inusual albergue de un Festival Hispanoamericano de Escritores (que J.J. Armas Marcelo ha orquestado espléndidamente), se dan las condiciones para que los lentes enormes, que se disponen como ojos de mosca, recojan las señales del espectro electromagnético para el que están diseñados: sean los rayos gama o los del infrarrojo.

Me llama la atención que México sea uno de los países que participa en el Gran Telescopio de Canarias donde se han descubierto agujeros negros y enanas marrones, entre otras cosas. En la conversación entre astrofísicos y escritores que sostenemos en la noche en el auditorio, ellos desean puentes de palabras para su quehacer lento, solitario, único. Siempre filosófico a pesar de que la física es la herramienta para medir, calcular, probar. Nosotros queremos sospechar cómo

es la estancia de un astrofísico en aquel lugar de cara al cielo, más paisaje de ciencia ficción que escenario cotidiano. Los imagino como fareros: en soledad frente a la negrura. Más romántico que el cuarto donde las computadoras reflejan lo que el telescopio recibe, esa luz de lo muerto o lo distante, esa mirada al pasado, al origen, o el mapa galáctico de los mundos que allá coexisten.

Un astrofísico no es alguien que experimente, es un paciente cazador de lo posible. Y cuando les pregunto a Rafael Reboló y Jorge Casares cómo es la emoción al toparse con enanas marrones (que descubrió el primero) o los agujeros negros (que descubrió el segundo), me comentan que la emoción (que uno imagina se celebra destapando una botella de champagne o dando un grito de júbilo) se diluye porque habrá que convencer a la comunidad científica de que el hallazgo se sostiene, y para ello pueden pasar hasta dos décadas. Ya me va interesando el tema, el personaje astrofísico, y su obsesión con formas en el espacio, con las evidencias indirectas a través de espectros electromagnéticos de atmósferas, de tamaños, de distancias. Son maneras de ver que ajustan nuestra escala en el universo, en el tiempo, y ante el abismo dan ganas de hundir la nariz en un plato de lentejas, tan alcanzable y a la mano.

Estas maneras de ver me remiten a la exposición sobre Monet y Boudin en el



museo Thyssen Bornemisza de Madrid. La espléndida curaduría que empaqueta cuadros de quien fuera maestro de Monet con el otro, nos coloca en el vértice del ojo y su relación con la luz. Y mientras el escenario elegido para pintarlo al aire libre es el mismo: costa rocosa de Normandía o el campo Bretón, las pinceladas que recogen una y otra escena para colocarnos en ese espacio virtual provocan asombros diferentes. Uno reconoce al virtuoso en Boudin y es testigo de la genialidad de Monet, de esa ruptura franca del impresionismo que dio poder a la

relación subjetiva con la luz y la forma, que nos hizo cómplices de una manera de ver. Monet nos acerca a la entraña emocional del que mira y nos implica en nuestro papel como espectadores.

Sea en el lienzo entre pigmentos y pinceles o en las cóncavas superficies móviles que miran al universo como un ojo vigilante sediento de conocimiento, atrapar la luz y descifrarla es asunto que comparten científicos y artistas. ¿O acaso no los escritores también estamos al acecho de la luz y la oscuridad para construir mundos de palabras?